

LA ESCRITURA Y EL OLVIDO

Jorge Gantiva Silva

Humberto Quiceno *La Pedagogía Católica y la Escuela Activa en Colombia, 1903-1935.*
Ediciones Foro Nacional, 1988

Historiar un saber como la pedagogía es recorrer la dimensión de los discursos, de los sujetos, de las prácticas y de las instituciones. Recorrer, pasear y gozar el laberinto de unos procesos oscuros, de una práctica pedagógica teñida en color púrpura y engalanada posteriormente con el instrumento y el rendimiento.

El maestro Estanislao Zuleta tiene razón al decir que el trabajo de Humberto Quiceno es un análisis histórico de una tragedia colombiana. La tragedia construida para la uniformidad, la inhibición y la represión. Inspección y prohibición, legislación y control. ¿Qué más da? Una pedagogía católica centrada en la vigilancia y en la intimidación.

Una pedagogía que no vive para vivir, sino por el miedo de vivir. Los “Pechiblanco”: Los detentadores del saber y del poder en escuelas, colegios y Normales. Pero no sólo Lasallistas, también Jesuitas, Dominicos, Calasancios, Hermanos Maristas, Salesianos, Hermanas de La Presentación, María Auxiliadora construyeron un discurso, una mirada, los “ojos en la nuca” de lo pedagógico.

El sermón, el consejo y la sospecha; “nada de vicios”; prudencia y laboriosidad signan al maestro. La escuela, medio de conversión o corrección del espíritu en el que la prueba, la vigilancia la ejercerá un oráculo al que hay que seguir. Primero, callar y mirar, y después, preguntar. Recordemos los pasos, las repeticiones y las lecciones. Preguntas y respuestas hechas en el mismo espíritu. Método y disciplina, carnadora de un mismo proyecto.

El *Manual de Pedagogía* del Hermano Bruño, la *Guía del maestro* de F.T.D., el *Manual de Pedagogía* de la Salle, las pedagogías de Martín Restrepo, Pedro Nel Alcántara, Ballesteros, cristalizan un saber, una mirada, una vigilancia de la práctica pedagógica. La organización es total: ventanas, pupitres, útiles, manos, ah! los baños también. ¿Cómo ir de paseo? ¿Cómo vestirse? ¿Cómo presentar los exámenes? ¿Cómo hablar?

El tiempo era fundamental. Nos decían: “El tiempo perdido, los santos lo lloran”. La distribución del tiempo disciplinaba, higienizaba y moralizaba. La campana: La “voz de Dios”. El espacio, también un asunto estratégico. Paseos para premiar a los buenos y aislar a los malos; paseos reglamentados, cuidado con las “relaciones particulares”. El internado, centro de concentración y meditación; estímulo y emulación por el estudio; pero, encierro, aburrimiento, fuga y pecado.

La pedagogía católica nombra una vigilancia y un castigo; enseña con el ‘buen ejemplo’, disciplina con el orden y la higiene; designa una autoridad y un saber; organiza el cuerpo, el rostro, las manos, la voz, los gestos, el olor. “Cuando un alumno -decía La Salle- se apoya demasiado en la mesa o tiene mala postura al escribir, el maestro le hace seña y toma él mismo la postura conveniente... Para indicar a un niño que coloque las manos sobre la mesa le mira el maestro y coloca sobre ellas las suyas, y para advertirle que enderece el cuerpo le mira de igual modo y se pone derecho él mismo en su asiento”.

Pero, ¿no es acaso la Iglesia el centro de todo esto? Sí y no. Sí, porque creo un saber, una concepción del mundo, la popularizó y la organizó; sí, porque subordinó la escuela, porque cristianizó la práctica pedagógica. Y no, porque los partidos políticos la acogieron; el Estado la legitimó, la hizo ley de la Nación y aceptó su hegemonía en la Sociedad Civil. Como expresa Humberto Quiceno hay que decir más: “Decir por ejemplo, cómo existe esta pedagogía en su enseñanza, cómo elaboró su noción educativa, cómo fue construyendo las instituciones escolares: Normales, escuelas, jardines; cuáles han sido las técnicas disciplinarias sobre el cuerpo, el espacio, el tiempo del niño y del maestro”. No obstante, los tiempos cambiaron. Vino la época del programa. La pedagogía activa se convirtió en el nuevo saber, en nuevo discurso, en la nueva práctica. El liberalismo quiso hacer su “revolución educativa” sin modificar sustancialmente la estructura social. El país se “modernizó, pero seguía atascado en el pasado”. Además, los intereses y la hegemonía de la Iglesia no habían sido afectados.

Humberto Quiceno señala los comienzos de la pedagogía activa y su relación con la educación pública, la voluntad política en los años treinta de una reforma educativa inspirada en la Escuela Activa. Sin embargo, insiste en la oposición entre la pedagogía católica y la pedagogía liberal. ¿Se oponen o complementan? Mi hipótesis es que el paradigma de la pedagogía activa es coherente con el proyecto social y político que impulsaban las clases gobernantes, pero que por la composición de las fuerzas sociales, la hegemonía de la Iglesia y el atraso del país, resultó un fracaso como proyecto pedagógico.

A la postre, la escuela activa se refugió en las instituciones privadas de élite, y la controversia ideológica entre los partidos tradicionales cesó. No resulta claro la insistencia del Estado colombiano de volver sobre lo viejo cuando argumenta lo nuevo. Puede ser que hable de “lo nuevo” para seguir en lo mismo.

De las nuevas instituciones de Formación de maestros analiza los fundamentos pedagógicos, la reforma de la Normal de Tunja, las metodologías, el Instituto Pedagógico Nacional, la Facultad de Educación.

Hace interesantes anotaciones, pero, creo que voló, dejó destellos. Habló de lo nuestro, pero se marchó.

Pues bien; el discurso de Humberto Quiceno es la lucha contra el olvido, contra quienes se obstinan en no querer comprender el pasado, contra quienes renuncian a historiar el saber, a registrarlo, a documentarlo.

En el fondo vivimos la tragedia del personaje de Kundera en “El libro de la risa y el olvido”: la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido. Nada de bienaventurados los olvidadizos; que los recuerdos revolteen en el falansterio.